

RELEYENDO LA HISTORIA: LA ARQUITECTURA DEL RACIONALISMO MADRILEÑO

JUAN ANTONIO CORTÉS

Después de los trabajos pioneros de Carlos Flores¹ y de Oriol Bohigas², y aparte de los números monográficos publicados en la revista *Nueva Forma* por Juan Daniel Fullaondo, se debe a Carlos Sambricio un importante esclarecimiento del panorama arquitectónico madrileño de los años veinte y treinta. Posteriormente a su prólogo a *La Bauhaus* de Wingler³ y previamente a su extenso estudio sobre la evolución del urbanismo en Madrid durante esos años,⁴ en sus escritos sobre Luis Lacasa y sobre Fernando García Mercadal⁵ Sambricio reflexiona sobre el diverso papel jugado por ambos arquitectos en relación con la introducción de la arquitectura moderna en Madrid y, a la vez, sobre las distintas posturas que coexisten en esta ciudad entre los arquitectos de la época. En estos escritos se aclara que, frente a un grupo de arquitectos que defienden y practican una arquitectura tradicionalista, como López Otero, López Salaberry y Sáinz de los Terreros, habría que señalar en primer lugar a Leopoldo Torres Balbás, que escribe varios artículos sobre la nueva arquitectura, y, por su cosmopolitismo y su interés por la arquitectura que se hace en Europa, a Teodoro de Anasagasti,⁶ relacionado con los grandes arquitectos europeos a través de su pensionado en Roma, pensionado al que también concurrirá Mercadal dos años más tarde de graduarse en 1921.⁷

Pero no será a Italia, sino a centroeuropa y concretamente a Alemania adonde viajarán la mayoría de los componentes del pequeño grupo de arquitectos de la promoción de Mercadal o de promociones próximas que, aparte de la labor de este último, van a constituir el núcleo madrileño más concienciado culturalmente.⁸ A este grupo pertenecerán, entre otros, Bergamín (1918), Blanco Soler (1918), Sánchez Arcas (1920), Lacasa (1921) y Colás (1921), los cuales, junto a arquitectos de una promoción más temprana como Zuazo (1913) y Gustavo Fernández Balbuena (1913), «más preocupados por comprender la evolución del tema clasicista desde supuestos paralelos a como lo habían

podido entender Bonatz o Behrens que interesados en desarrollar los supuestos definidos por los arquitectos del Movimiento Moderno, habían centrado su atención en desarrollar (desde los órganos del poder ciudadano) los temas de la gestión municipal, así como en definir simultáneamente las características del nuevo estilo».⁹ Pero, como sigue señalando Sambricio, estos arquitectos estaban más interesados en los análisis de tipologías, en problemas urbanos y en la función social de la arquitectura que en profundizar sobre el lenguaje arquitectónico.

En este escrito pretendemos acercarnos de nuevo a algunas de las posturas teóricas mantenidas por los arquitectos madrileños de esos años, tratando de analizar determinadas cuestiones como las siguientes:

1. Cuáles son algunas de las referencias arquitectónicas en las que se mueven esos arquitectos y el modo en que las incorporan a sus propios planteamientos.
2. Si es posible o no considerarlos como personalidades o como grupos con una postura coherente que pudiera ejercer una influencia real en la producción arquitectónica.
3. Si pueden conciliarse planteamientos teóricos y realizaciones prácticas, y cómo se justifica la coexistencia de soluciones arquitectónicas de índole tan diversa como las que se dan en esos años en Madrid.

En defensa de la nueva arquitectura

La defensa de la arquitectura moderna se produce en Madrid desde muy diversos frentes. Empezando por Torres Balbás y Anasagasti y siguiendo por Gustavo Fernández Balbuena, Rafael Bergamín, Luis Blanco Soler, Luis Lacasa, Manuel Sánchez Arcas, Carlos Arniches, Martín Domínguez y Manuel Martínez Chumillas, entre otros, llevan a cabo esa defensa en diarios y en revistas profesionales. Pero hay una persona que destaca ampliamente sobre los demás por su prolífica actividad en apoyo de la arquitectura moderna: el arquitecto Fernando García Mercadal, que tanto en escritos como en

1. Carlos Flores, *Arquitectura Española Contemporánea, I. 1880-1950*, Madrid, Aguilar, 1988 (1961).

2. Oriol Bohigas, *Arquitectura española de la Segunda República*, Barcelona, Tusquets, 1970.

3. Hans M. Wingler, *La Bauhaus* (prólogo de Carlos Sambricio), Barcelona, Gustavo Gili, 1975.

4. *Madrid, urbanismo y gestión municipal. 1920-1940*, Ayuntamiento de Madrid, 1984. Con textos de Carlos Sambricio («Las promesas de un rostro: Madrid, 1920-1940. De la metrópolis al Plan Regional»), Lilia Maure y José María Ezquiaga.

5. Luis Lacasa, *Escritos 1922-1931*, (introducción de Carlos Sambricio), Madrid, COAM, 1976. Carlos Sambricio, «García Mercadal. Pretexto / Calembourg, GATEPAC G. C.», en *Cuando se quiso resucitar la arquitectura*, Murcia, Galería-Librería Yerba, 1983.

6. Aunque Sambricio afirma que «se ha olvidado un hecho como es la anterior influencia (sobre Mercadal) de Anasagasti quien si bien no le transmite un esquema formal si, por el contrario, le fomenta una curiosidad por la arquitectura europea» (Carlos Sambricio, «Pretexto / Calembourg, GATEPAC G. C.», op. cit., p. 97), considero que la influencia de Anasagasti sobre Mercadal también pudo producirse en el terreno formal, ya que el primer edificio madrileño que puede considerarse como racionalista es el teatro-cine Pavón, realizado por Anasagasti entre 1924 y 1925.

7. Véase Carlos Sambricio, «Pretexto / Calembourg, GATEPAC G. C.», op. cit., p. 97.

8. *Ibid.*, p. 128-129.

9. *Ibid.*, p. 129.

conferencias hace una labor propagandística de la nueva arquitectura.¹⁰ En el importante trabajo, ya citado, que Carlos Sambricio dedica a Mercadal, queda sobradamente mostrada la trayectoria y el papel jugado por éste en el panorama arquitectónico madrileño, a la vez que las contradicciones que encierra su figura. Una trayectoria jalonada por una serie de etapas: la estancia en Italia y el intento de entender primero las raíces del clasicismo mediante una serie de levantamientos arqueológicos y después la arquitectura mediterránea, realizando una extensa colección de dibujos como soporte de una vuelta al orden en cuya defensa coinciden tanto De Chirico como Le Corbusier; el viaje a Viena, donde se encuentra con que la discusión está centrada en la definición de una política popular de vivienda frente a sus preocupaciones de naturaleza estilística; el viaje a París para visitar la exposición de las Artes Decorativas; el traslado a Berlín donde sigue cursos con Hans Poelzig, Hermann Jansen y Otto Bunz; la estancia en París con el envío de una serie de proyectos en los que pretende establecer una síntesis entre clasicismo, arquitectura popular y racionalismo; su asistencia a la reunión de La Sarraz y, de ahí, su vinculación con Le Corbusier y con los CIAM; su papel fundacional en el GATEPAC...¹¹ Esta trayectoria está caracterizada, como muestra Sambricio, por una falta de profundización teórica en las cuestiones que se debaten en cada lugar y en cada momento, por una ausencia de investigación sobre los problemas que se plantean los arquitectos del Movimiento Moderno y el propio Le Corbusier —de quien tan incondicional es Mercadal— y, en cambio, por una voluntad de difundir esa arquitectura moderna pero entendida como una nueva norma, un nuevo gusto, una nueva moda incluso. Frente al análisis y la profundización en aquellos problemas, la actitud de Mercadal es la de adoptar sólo los resultados aparentes de un lenguaje, las imágenes formales elaboradas por la nueva arquitectura.¹²

Mercadal jugó, pues, un papel con doble cara entre los jóvenes arquitectos madrileños y los estudiantes de arquitectura: fue el más ferviente introductor de la arquitectura moderna, en una labor de difusión que se completó con la presencia en Madrid de algunos de los más prestigiosos arquitectos extranjeros y, por otra parte, difundió una modernidad en buena medida superficial, acríticamente adoptada, que marcará el modo de hacer de gran parte de los arquitectos madrileños adscritos a la nueva tendencia.

América como modelo

La contraposición a esta actitud es, siempre según Sambricio, la representada por el grupo de arquitectos madrileños —Zuazo, Balbuena, Lacasa, Sánchez Arcas— que

«intentan desarrollar las ideas de un funcionalismo no sujeto a las normas de la nueva ortodoxia»¹³

y que, además,

«abandonan la polémica con el racionalismo ortodoxo abriendo un frente nuevo al ingresar en los ayuntamientos como técnicos municipales».¹⁴

Es conocida la fundamental aportación de Zuazo al urbanismo madrileño y las aportaciones de distinta índole al desarrollo urbano de Madrid que llevan a cabo Gustavo Fernández Balbuena, Lacasa, junto a otros arquitectos también ligados a la Oficina de Urbanización del Ayuntamiento de Madrid como son Enrique Colás y Santiago Esteban de la Mora, y la influencia que tuvo la formación germánica y, en concreto, el aprendizaje con urbanistas alemanes de varios de esos arquitectos madrileños en las propuestas urbanísticas que se hicieron para Madrid.¹⁵ Ahora bien, en lo que respecta al campo más restringido de la arquitectura, algunos de esos arquitectos miran al mundo anglosajón y especialmente a los EEUU como ejemplo de modernidad, modernidad entendida como racionalidad funcional.

En su artículo titulado «Le Corbusier, o Americo Vespucio», publicado en *El Sol*,¹⁶ Lacasa defiende que, frente al racionalismo abstracto y propagandístico de Le Corbusier,

«el arquitecto (verdaderamente) racionalista debe pensar en los múltiples problemas concretos y objetivos».¹⁷

Y señala dos tendencias del momento:

«por un lado, la arquitectura racionalista europea, intelectual y decadente, que parte de principios dogmáticos y está animada de las inquietudes plásticas de la estética antitradicionalista; por otro lado, la arquitectura norteamericana, de poderosa y serena técnica y en donde la estética es un accesorio, aunque importante... Los norteamericanos llegan a la estética a través de la técnica. Los europeos proceden al contrario: Llegarán a la técnica partiendo de la estética».¹⁸

En otro escrito,

«Europa y América: bajo y sobre el racionalismo de la arquitectura»,¹⁹

vuelve a criticar el racionalismo superficial y preconcebido:

«Hay quien dice que los racionalistas faltan a sus mandamientos. Sí. Hay quien dice, por ejemplo, que en lugar de proyectar sus edificios de dentro a fuera, partiendo de las necesidades científicas, lo hacen de fuera a dentro, contando con el cubo de aquí, la horizontal de allí o el ventanal apaisado de más allá».²⁰

Y vuelve a contraponer las posturas respectivas de los arquitectos europeos y de los americanos:

10. En una relación de los escritos publicados por los arquitectos de esos años en diarios y en revistas profesionales, casi la mitad del total tiene como autor a Mercadal. Véase la bibliografía contenida en las notas de Carlos Sambricio, «Pretexto / Calembourg, GATEPAC G. C.», *op. cit.*, y en las «Fuentes hemerográficas: artículos de arquitectos», en Juan Antonio Cortés, *El Racionalismo Madrileño. Casco antiguo y Ensanche. 1925-1945*, Madrid, COAM, 1992.

11. Véase Carlos Sambricio, «García Mercadal. Pretexto / Calembourg, GATEPAC G. C.», *op. cit.*

12. Véase *ibid.*

13. *Ibid.*, p. 131.

14. *Ibid.*, p. 155.

15. *Ibid.* y Carlos Sambricio, «Las promesas de un rostro: Madrid, 1920-1940» y Lilia Maure, «Secundino Zuazo y la formalización de un proceso», *op. cit.*

16. Incluido en el libro Luis Lacasa, *Escritos 1922-1931*, cit., pp. 128-131.

17. *Ibid.*, p. 129.

18. *Ibid.*, pp. 129-130.

19. *Arquitectura*, año XI, núm. 117, enero 1929, pp. 31-36. Incluido en *op. cit.*, pp. 132-149.

20. *Op. cit.*, pp. 133-134.

«La principal virtud de los americanos es la de tener un claro sentido de los valores prácticos... Los racionalistas europeos van hacia las realizaciones a través de un dogma, mientras que los americanos van a lo práctico simplemente, ingenuamente, disponiendo con facilidad de sus enormes posibilidades industriales».²¹

En la explicación de su edificio del Instituto de Física y Química, realizado en colaboración con Sánchez Arcas, justifica el proceso de proyecto como «simplemente de trayectoria racionalista, del racionalismo americano de dentro a fuera, y no del europeo de fuera a dentro».²²

O, en otras palabras, Lacasa se adscribe a un racionalismo funcional (americano)²³ frente a lo que entendía como un racionalismo formal (europeo) y, más concretamente, de Le Corbusier. Cuestiones como las condiciones de salubridad e higiene, las ordenanzas de colonias de casas baratas, los problemas de la nueva vivienda y la nueva ciudad, la gestión municipal, la alternativa de los bloques multifamiliares frente a la casa obrera de baja densidad son algunos de los temas que preocupan a Lacasa y sobre los que escribe artículos y pronuncia conferencias.

También Sánchez Arcas, que mantiene una postura marcadamente crítica respecto a la arquitectura sólo estilísticamente moderna afirma:

«Sucede que tipos de arquitectura "constructivista" (moderna, racionalista) pocas veces pasan de la simple expresión de lo racionalista... Fue un gran descubrimiento... (Pero) sigue siendo una arquitectura rural, incivil, incapaz, casi siempre, de buenas formas urbanas. No tiene en cuenta el progreso industrial, no camina acompasadamente con él... Existen, por el contrario, obras arquitectónicas que no tratan de desarrollar ninguna fórmula estética concebida a priori. Su finalidad parece ser simplemente la de dar forma a nuevos programas, creando una estética nueva sobre bases más sólidas que las del grupo antes mencionado. Me refiero, principalmente, a los edificios de los Estados Unidos, aunque no exclusivamente...»²⁴

Arquitectura razonable

Una muestra significativa de la opinión de un buen número de arquitectos madrileños sobre la arquitectura moderna y, en concreto, sobre su concepto de racionalismo, es la encuesta planteada por Fernando García Mercadal en *La Gaceta Literaria*. A dos de las preguntas formuladas por Mercadal a sus compañeros arquitectos:

«¿Cree usted en una arquitectura racionalista?» y

«La arquitectura moderna, caracterizada por su racionalismo y por su ausencia de decoración, ¿cree usted es fruto de la moda, o que perdurará tras de su evolución?»²⁵

algunos de los consultados dan respuestas que muestran las actitudes subyacentes en el panorama madrileño de ese momento.²⁶ En general, las respuestas ponen el énfasis más en los aspectos funcionales que en los estilísticos de la nueva arquitectura. En entender la arquitectura del interior al exterior, atendiendo más a los problemas de confortabilidad, de economía, de satisfacer al máximo las necesidades de la vida moderna que a la apariencia desde fuera (R. Aníbal Álvarez). En destacar los aspectos valorados por la arquitectura moderna, como los nuevos materiales (hierro y hormigón), la estandarización, la rapidez y economía, la higiene (aire y luz), la comodidad, la supresión de lo innecesario, el cumplimiento del programa (J. M. Rivas Eulate). En mostrar las

«preferencias por una arquitectura rigurosamente inteligente, sometida a razón, lógica, sujeta a implacable e incesante crítica»,

aunque afirmando que

«parece difícil prescindir en arte de ciertos factores aparentemente no racionales» (Amós Salvador).

Junto a éstas, hay una declaración de manifiesto escepticismo hacia el concepto de arquitectura racionalista:

«¿Qué entiendes por arquitectura racionalista? La que nosotros practicamos nos parece razonable; no sabemos si te parecerá racionalista».(C. Arniches y M. Domínguez).²⁷

Los mismos Arniches y Domínguez se ocupan de resumir las respuestas ofrecidas por los encuestados, haciendo hincapié en que, en general, se observa en las contestaciones una conciencia de que los edificios se construyen

«para resolver cierto problema material bien determinado. Y de que hay que ir a la resolución directa, lógica y agradablemente conseguida de dicho problema de la manera más económica posible».²⁸

Se trasluce en el escrito su propia postura respecto al problema de la nueva arquitectura, al plantear como alternativas excluyentes

«los ensayos sinceros hacia una arquitectura mejor, más económica, higiénica, sencilla, puramente objetiva, y por otro lado, edificios en que la preocupación es la de la creación de un nuevo estilo, de epatar a ultranza...»

Para acabar afirmando que

«a buscar esa solución (la resolución concreta de un problema práctico determinado) debe irse de una manera puramente objetiva en cada caso concreto, igualmente alejado de toda preocupación de estilo y de todo deseo de especulación estética».

21. *Ibid.*, pp. 139-140. Es curiosa la coincidencia de esta visión con la de Colin Rowe «La estructura de Chicago», en *Modernismo y arquitectura moderna y otros ensayos*, Barcelona, Gustavo Gili, 1978 (1976), pp. 91-117.

22. *Ibid.*, p. 146.

23. «Intentemos seguir con la imaginación el proceso de la creación de un proyecto racionalista. Vemos en primer lugar la serie de condiciones intrínsecas al caso concreto: el problema de su funcionamiento... Lo más profundo de la Arquitectura actual es la solución del problema del funcionamiento.» Luis Lacasa, «Arquitectura impopular», *Arquitectura*, año XII, núm. 129, enero 1930, pp. 9-12. También en *op. cit.*, pp. 150-167. Escritos como éste muestran la preocupación de Lacasa y del grupo de arquitectos de Madrid citados en los comienzos de este escrito por encontrar el sentido del racionalismo arquitectónico en términos de funcionalidad. Es a este grupo al que Carlos Sambricio considera la alternativa racionalista opuesta a Mercadal y, en definitiva, a Le Corbusier.

24. Manuel Sánchez Arcas. Contestación a la encuesta de *La Gaceta Literaria*, año II, núm. 32, 15 de abril de 1928, p. 202.

25. *Ibid.*, p. 198.

26. Hay dos respuestas entusiastas a la encuesta. Una es la de Casto Fernández-Shaw, que enfatiza las ventajas del nuevo estilo desde el punto de vista higiénico y económico, que define la arquitectura racionalista como aquella de estructura no externa y que hace gala de su vena futurista: «Una oficina permanente, con personal especializado, debe estar proyectando nuevos trazados, dentro y fuera de las poblaciones. Cada nuevo tipo de "Ford" puede hacer variar el ancho de las calles». (*Ibid.*, p. 199). La otra respuesta que apoya sin paliativos la nueva arquitectura es la de Rafael Bergamín.

27. *Ibid.*, pp. 198-202.

28. Arniches y Domínguez, «Nuevo arte en el mundo. La arquitectura en 1928», *La Construcción Moderna*, Año XXVI, núm. 10, 30 mayo 1928, pp. 150-151.

Las respuestas del arquitecto y crítico Juan de Zavala se producían también en este sentido:

«La preocupación por la forma nueva, moderna –por ella misma, no por los valores esenciales que represente, y a veces en contraposición con ellos–, acentúa las dificultades inherentes a este período de transición que atravesamos. Sin esta preocupación, el camino a seguir en la nueva arquitectura hubiera sido exclusivamente de adaptación de las ideas y formas existentes a las necesidades y medios de construcción actuales. Es decir, la arquitectura moderna sería una verdadera consecuencia de los principios racionalistas, no de las ideas estéticas».

Es esta falsa disyuntiva entre ideas estéticas y principios racionalistas y esta falta de conciencia de un verdadero cambio en la manera de ver y de sentir, que el espíritu de la modernidad suponía, la que va a caracterizar de algún modo la situación arquitectónica madrileña. Una situación alejada, por un lado, de las posturas defendidas en Europa por los arquitectos vinculados a las vanguardias plásticas, que hacen de la nueva arquitectura una revolución a la vez estética y social, un cambio radical del lenguaje formal que se piensa unido a un cambio también radical hacia un hombre nuevo, al servicio del cual ha de estar la nueva arquitectura. Y por otro, alejada también de los funcionalistas estrictos, que, sin una pretensión estilística en sus obras, llevan a cabo, desde el contenido, la gran revolución de la forma arquitectónica. Precisamente por su estricto funcionalismo, por practicar una «economía espiritual»,²⁹ llegan en sus arquitecturas a una forma verdaderamente nueva, moderna, al incidir sobre los parámetros más radicales de la forma edificada.

Tessenow frente a Le Corbusier

La figura de Le Corbusier es el caballo de batalla que centra, por motivos opuestos, el debate arquitectónico madrileño. A Mercadal, defensor a ultranza de Le Corbusier, se le puede contraponer, como ya hace implícitamente Sambricio, Luis Lacasa, crítico acérrimo del maestro suizo. Lacasa, cuya actividad profesional es fundamentalmente la de urbanista,³⁰ arremete en varios de sus artículos contra Le Corbusier. En «Le Corbusier, o Americo Vespucio» afirma que

«Le Corbusier en sí no tiene ninguna importancia... es una simple periferia intelectual de la actividad arquitectónica... su sentido plástico es bien deficiente, y su preparación técnica, primitiva».³¹

En su contestación a la primera pregunta de Mercadal en la encuesta de *La Gaceta Literaria*:

«¿Quién cree usted que están en lo cierto Oud, Poelzig, Le Corbusier, Taut, Dudok, Frank, Hoffmann, Mies van der Rohe..., que se esfuerzan en producir una nueva arquitectura

de acuerdo con nuestra época, o nuestros arquitectos que cultivan el "estilo español"?»

Lacasa responde, entre otras cosas,

«En cuanto a la lista de Oud, Poelzig, Le Corbusier, etc., encierra calidades bien distintas, pues no es lo mismo Taut, racionalista, que Hoffmann, artista, y que Le Corbusier, periodista y charlatán».³²

Su respuesta a dicha encuesta acaba con la siguiente afirmación:

«(...) respeto el racionalismo y el instinto, el Partenón y los hangares de Orly, el arte intelectual y el popular y, sobre todo, admiro a Tessenow, el arquitecto humilde».³³

Es posible definir a Tessenow como el arquitecto humilde, pero se trata en todo caso de la sabia humildad del que plantea, en su obra escrita y en su obra construida, algunos de los problemas fundamentales de la forma arquitectónica desde una situación personal, por otra parte, muy específica. Ligado por nacimiento y por tradición familiar al artesanado y al mundo rural y residente durante buena parte de su vida en grandes ciudades como Dresde, Viena y Berlín, en las que enseñó arquitectura, Tessenow trata de conferir a la edificación rural la dignidad de la arquitectura aulica, sometiendo los elementos de ésta a un proceso de simplificación formal. En su obra *Hausbau und dergleichen*³⁴ trata, con la máxima sencillez y «humildad» y en relación con el trabajo artesanal, cuestiones tan sustantivas del quehacer arquitectónico como la objetividad, el orden, la regularidad y la simetría, la claridad y la simplicidad, la división y la unión, el ornamento... La que hace Lacasa por Tessenow es una apuesta atractiva, pero que ni las condiciones personales del propio Lacasa ni las de la situación arquitectónica madrileña permitían hacer viable como referencia operativa.

La confrontación teoría-práctica

Habría que preguntarse entonces al llegar a este punto: ¿en qué medida fueron decisivas en el panorama arquitectónico madrileño las dos posturas teóricas representadas respectivamente por Lacasa y por Mercadal?; ¿en qué modo pudo hacerse efectiva su influencia sobre los nuevos arquitectos madrileños?

Es cierto que Lacasa tuvo una presencia en varios frentes: colaboración con Sánchez Arcas en varios proyectos, con los arquitectos que integraron el equipo formado por López Otero para la Ciudad Universitaria de Madrid, con otros arquitectos (Colás y Esteban de la Mora) en la Oficina de Urbanización del Ayuntamiento

29. Véase la referencia a este término de Duiker en Antonio Armesto, «La economía espiritual en arquitectura: una cuestión de termodinámica», 2C, núm. 22, abril 1985, pp. 94-95.

30. Lacasa forma parte desde 1927-28 de la Oficina Técnica de la Ciudad Universitaria bajo la dirección de Modesto López Otero, trabaja en la Oficina de Urbanización del Ayuntamiento de Madrid desde 1931 y en 1933 se le encarga la organización de la Oficina de Información Urbanística del propio Ayuntamiento. Aunque su actividad fundamental es el urbanismo, construye varios edificios (algunos en colaboración con Sánchez Arcas) y tiene ya en esos años una notable actividad teórica, dando conferencias y escribiendo artículos.

31. Luis Lacasa. *Escritos 1922-1931*, cit., pp. 128 y 131.

32. *La Gaceta Literaria*, cit., p. 198.

33. *Ibid.*, p. 198.

34. Heinrich Tessenow, *Hausbau und dergleichen*, Berlin, 1916. Versión italiana: *Osservazioni elementari sul costruire*, (introducción de Giorgio Grassi), Milán, Franco Angeli, 1974.

de Madrid bajo la dirección de Luis Bellido, con José Luis Sert en la construcción del Pabellón de España en la Exposición de París de 1937. Pero un párrafo de las «Notas autobiográficas»³⁵ de Lacasa que se refiere precisamente a esta colaboración con Sert nos da algunas claves sobre la cuestión que nos interesa:

«Aunque yo había combatido públicamente en España los principios de Le Corbusier y, por lo tanto, no participaba del formalismo que en la composición arquitectónica tenía Sert, consideré que no era la ocasión de reñir una batalla por cuestión de tendencias, máxime si se tiene en cuenta que frente a esta tendencia no oponía más que la que dominaba entonces en Madrid en ciertos círculos de arquitectos jóvenes y que consistía en un racionalismo moderado a base de la utilización, en las fachadas, del ladrillo aparente...»³⁶

Es posible, como afirma Sambricio, que unos cuantos arquitectos madrileños tuvieran en común, en relación con sus preocupaciones políticas y sociales, un interés por aspectos como la funcionalidad de la arquitectura, la racionalidad proyectual, los problemas de la vivienda obrera, las cuestiones de urbanización, etcétera. Pero, como señala Lacasa, su respuesta arquitectónica a estas inquietudes consistía en ese

«racionalismo moderado a base de la utilización, en las fachadas, del ladrillo aparente».

Es éste el limitado bagaje que esos arquitectos madrileños como Lacasa y otros afines a él podían ofrecer (como demuestra el propio Lacasa en su Residencia de Estudiantes en la Ciudad Universitaria y, en colaboración con Sánchez Arcas, en el Instituto de Física y Química de la Fundación Rockefeller o en el, resuelto «a la toledana», Hospital Provincial de Toledo). En el caso de los arquitectos que trabajaron en la Ciudad Universitaria, y salvo los casos de un edificio puramente «utilitario» como la Central Térmica de Sánchez Arcas y del edificio estilísticamente menos moderno, la Escuela de Arquitectura de Pascual Bravo, como afirma Carlos Flores:

«Las plantas nos confirman un aspecto esencial de todos conocidos: la ausencia en ellas de cualquier rasgo de modernidad desde un punto de vista compositivo(...) parece que los arquitectos madrileños hubieran decidido contrarrestar el convencionalismo y el academicismo de las plantas introduciendo en el conjunto de cada una de sus obras el mayor número de «connotaciones de modernidad» que les fuera posible. Así, comenzando por el tratamiento de los volúmenes, se planteará un predominio de las formas prismáticas y cubistas (sic), suprimiéndose en lo posible cualquier clase de referencia a los tipos de construcción tradicional y a los elementos del lenguaje clásico. En las soluciones de fachada, de huecos, de acabado, de detalles, de diseño –tanto interiores como exteriores–,

el lenguaje procurará una aproximación respecto de las obras modernas europeas ya existentes».³⁷

Se trata, por tanto, más de reducir los aspectos aparentes y decorativos del lenguaje clasicista y de sus elementos característicos (que, sin embargo, aparecen frecuentemente en los pórticos de los edificios) que de una verdadera elaboración de una arquitectura moderna desde sus propios principios.

A esta contención o limitación respecto a la resolución formal que Lacasa y algunos de sus colegas más próximos exhiben habría que señalar en relación con Lacasa sus propias limitaciones críticas. Sus escritos, desde el primero enviado desde Alemania en 1922 al titulado «Las palabras nos confunden la arquitectura», escrito en Moscú el año anterior a su fallecimiento en 1966, y salvando las inevitables aseveraciones ideológicas contenidas en este último sobre los sistemas socialista y capitalista, demuestran su capacidad de reflexión y síntesis teórica. Pero demuestran también su incapacidad –o quizá ceguera voluntaria– para valorar la trascendental aportación arquitectónica de Frank Lloyd Wright y, sobre todo, de Le Corbusier. Ofuscado tal vez por la irritante prosa y por la vena autopropagandística del arquitecto suizo, Lacasa comete el error de bulto de descalificarlo y no reconocer su valor como innovador arquitectónico y maestro de la arquitectura de nuestro siglo.

Un problema paralelo, aunque en sentido opuesto, es el que sucede con la personalidad de Mercadal. En relación con Le Corbusier, y en general con la vanguardia arquitectónica, Mercadal peca de adhesión incondicional y acrítica a la figura del maestro, una adhesión que no va acompañada de un análisis de sus principios teóricos y proyectuales, de sus mecanismos de concepción y formalización arquitectónica. A esto se une algo que comparte –aunque sus manifestaciones sean aparentemente opuestas– con el arquitecto Lacasa: su propia limitación como arquitecto, el relativamente escaso valor propositivo y formalizador de su arquitectura. Por ambas razones, la aparentemente importante influencia proselitista de Mercadal, como propagador y transmisor de la «buena nueva» arquitectónica entre los jóvenes arquitectos y alumnos de arquitectura madrileños, fue en definitiva bastante superficial, como superficial fue en la mayoría de los casos la modernidad manifestada en la arquitectura madrileña anterior a la Guerra Civil.

La posible modernidad de la arquitectura madrileña

Las introspecciones históricas llevadas a cabo por Carlos Sambricio en las trayectorias profesionales de Luis Lacasa y de Fernando García Mercadal esclarecen

35. Luis Lacasa. *Escritos 1922-1931*, cit., pp. 75-96.

36. *Ibid.*, p. 95.

37. Carlos Flores López, «La primera fase de la Ciudad Universitaria de Madrid. Ambiente cultural y obra realizada», en AA.VV., *La Ciudad Universitaria de Madrid*, tomo I, COAM y Universidad Complutense de Madrid, 1988, pp. 101-124.

muchos aspectos de sus respectivas vicisitudes en relación con el mundo arquitectónico madrileño de esos años. Sin embargo, queda al margen un aspecto fundamental: el del análisis y ponderación de la arquitectura más valiosa que, dentro de la sólo parcialmente arraigada modernidad madrileña, se realiza durante esos años en Madrid. Y para ello habría que centrarse en el estudio de la obra realizada por personalidades más consistentes arquitectónicamente que Lacasa o Mercadal.

Por ejemplo, y dentro de la adscripción funcionalista o racionalista, se podría volver a analizar la obra prebélica de Casto Fernández-Shaw,³⁸ eclipsada por sus propuestas utópicas y su indiscriminada actividad constructiva posterior, o la de una de las parejas más interesantes de la situación madrileña, sobre todo en sus obras en colaboración con Eduardo Torroja, la constituida por Carlos Arniches y Martín Domínguez, o las realizaciones de algunos arquitectos desde la Oficina Técnica Municipal, como las de José de Azpiroz y, sobre todo, las de Francisco Javier Ferrero, autor entre otras obras de tres mercados que se cuentan entre las realizaciones más potentes y atractivas del racionalismo madrileño. Junto a la obra de éstos y de algunos otros arquitectos que llevan a cabo edificios de interés adscribibles a la arquitectura moderna a partir de 1925 –y de ejemplos de indudable brillantez estilística como el cine teatro Figaro de Felipe López Delgado, el edificio Carrión de Martínez-Feduchi y Eced y las colonias Residencia y de El Viso de Bergamín (la primera en colaboración con Blanco Soler), entre otros–, siguen destacando las dos personalidades que, aparte de disquisiciones estilísticas y de su cambiante implicación en el movimiento de la nueva arquitectura, son las máximas figuras del panorama arquitectónico madrileño: Secundino Zuazo y Luis Gutiérrez Soto. Zuazo, cuya obra rebasa cronológicamente hacia atrás y hacia delante el período a que nos hemos referido, ha sido ampliamente estudiado por Lilia Maure,³⁹ aunque su obra aún admita algún análisis arquitectónico. Gutiérrez Soto,⁴⁰ cuya producción se extiende largamente en el período de la posguerra hasta los años setenta, es un arquitecto que, a pesar de cierto rechazo que pueda producir su versatilidad estilística y su acomodaticia adaptación política, requiere un estudio en profundidad desde parámetros arquitectónicos. Su personalidad es el ejemplo del arquitecto enormemente dotado que realiza su obra con gran dominio –sobre todo en el terreno de la distribución y, más específicamente, de la distribución doméstica–, pasando por encima de los avatares del lenguaje, unos avatares a los que se adscribieron de un modo bastante superficial no sólo él, sino muchos de los «modernos» arquitectos madrileños.

38. Existe una monografía sobre este arquitecto: Félix Cabrero Garrido, *Casto Fernández-Shaw*, Madrid, COAM, 1980. Y una revista a él dedicada: «Casto Fernández-Shaw», *Poesía*, núm. 11, 1989.

39. Lilia Maure Rubio, *Secundino Zuazo. Arquitecto*, Madrid, COAM, 1987.

40. Aunque existen algunas publicaciones sobre este arquitecto, falta el gran estudio sobre su obra. Véanse: *Hogar y Arquitectura*, núm. 92, enero-febrero, 1971, con textos de Carlos Flores y Miguel Ángel Baldellou. Miguel Ángel Baldellou, *Luis Gutiérrez Soto*, Madrid, Ministerio de Educación y Ciencia, 1973. *La obra de Luis Gutiérrez Soto* (Carlos de Miguel, coordinador), Madrid, COAM, 1978.